

ACERCA DE LA TRADUCCIÓN DE UNA CONOCIDA OBRA DE PREHISTORIA UNIVERSAL

Luis Abel Orquera

No es tanto a "Le Paléolithique dans le monde", de François Bordes (ed. Hachette, colección "L'univers des connaissances", París, 1968, 256 págs.), que voy a referirme, sino a la versión al castellano que se ha publicado de ese libro bajo el nombre de "El mundo del hombre cuaternario" (ed. Guadarrama S. A., "Biblioteca para el hombre actual", Madrid, 1968, 256 págs.). No es lo habitual que una reseña se refiera, no a la obra en sí, sino a la calidad de la versión, la cual a lo sumo suele recibir alguna corta mención final. Pero creo que en el caso está justificado. Bien conocida entre los especialistas es la preocupación de François Bordes —profesor en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Burdeos— por la precisión tipológica y la minuciosidad del análisis, que conduce a una permanente búsqueda de la expresión unívoca. Constituye por lo tanto una triste paradoja que su obra reciba difusión entre el público de habla hispana a través de esta versión, verdadero aquelarre de confusión.

Cuando "El mundo del hombre cuaternario" llegó a Buenos Aires, nos precipitamos sobre su texto, cuyo mérito —que dábamos por descontado— estaba realzado por la innegable calidad de las ilustraciones, los cuadros cronológicos y la diagramación. Pero muy pronto advertimos, como todos quienes lo leyeron con un mínimo de conocimientos sobre el tema, fallas que no siempre podían ser atribuidas a errores tipográficos. Dejemos aparte los galicismos, el mal uso de los gerundios, el caótico empleo de las preposiciones o el hecho que las comas pocas veces han tenido la fortuna de caer donde correspondía. Se chocaba con una terminología caprichosa, inusual en la jerga de los prehistoriadores y que no se justificaba por exigencia alguna del nivel de divulgación (rascadores, "corte" Levallois, mandorlas, cara de explosión). El empleo de "herramienta" como sustantivo colectivo, en lugar de "instrumental", es lícito pero no corriente, y resulta además totalmente inaceptable emplear dicho término (que etimológicamente sugiere el uso del hierro) para referirse a utensilios o artefactos de la Edad de Piedra. Con algo de trabajo se podía

deducir que los "moluscos" atribuidos al musteriense típico o al charentense eran en realidad las "limaces" o raederas convergentes dobles. Se advertía también que sustantivos y adjetivos habían sido utilizados indiscriminadamente: "glaciar" por "glacial", "biface" por "bifacial", "levalloisiense" por "Levallois". En este último caso el problema era más grave, no sólo porque "levalloisiense" es una transcripción inaceptable al castellano, que no respeta la fonética, sino también porque Bordes pone particular cuidado en diferenciar entre "técnica Levallois" y "tipología levalosense". Por último, se encontraban párrafos oscuros, giros incomprensibles y conceptos contradictorios. Hice por ello gestiones para obtener la versión francesa original; cuando llegó, después de bastante tiempo, emprendí la tarea de retraducción y pude comprobar con pesadumbre que el mal era mucho mayor que cuanto había supuesto.

Sé que una buena traducción no debe ser literal. Por el contrario, debe ser una tarea de recreación en el idioma al cual se traduce, respetando los conceptos originales pero empleando las particularidades de este último. Pero en el caso de "El mundo del hombre cuaternario", sólo en el primer capítulo —de apenas tres páginas y media— debí efectuar 98 correcciones, y en el capítulo 2, 153. No se trata de correcciones de estilo, sino de concepto y de sentido. Por obvios motivos, no efectué el cómputo de las que debí realizar en todo el libro, pero a través de las cifras transcritas podrían calcularse en seis mil o, probablemente, bastante más: en páginas siguientes el ritmo, lejos de aminorar, aumenta. Es indudable que esto deja ya de ser una "buena traducción".

Es posible que Bordes emplee alguno que otro giro que no pueda ser vertido literalmente a nuestro idioma, pero la fuerza de su razonamiento conceptual es tal, que no constituye un autor cuya traducción al castellano resulte difícil. Al leerlo nunca me ha ocurrido quedar perplejo —como frecuentemente me aconteció, por ejemplo, con Breuil— tratando de desentrañar la ilación del pensamiento a través de una maraña de condicionales y subordinadas. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, raras veces los tiempos y modos verbales han sido bien vertidos. Presentes, pretéritos y futuros, perfectos e imperfectos, han caído en una bolsa común, y los potenciales y subjuntivos han sido frecuentemente menospreciados. Como resultado, a menudo el sentido de las frases ha sufrido bruscas e imprevistas variaciones. Muchas veces el giro seleccionado ha sido arbitrario, y ello explica la oscuridad a que ya me he referido.

En la página 16, por ejemplo, se lee: "El tiempo no debe contar donde se escribe: la capa musteriense tiene un metro de espesor". Esta críptica frase se aclara cuando se advierte que en realidad debe decir: "Ya no estamos en época en que podamos escribir que la capa musteriense tiene un metro de espesor". En la página 204 leíamos:

"Es muy difícil definir el paleolítico superior en Africa si no es desde un punto de vista cronológico, y aún así no con gran facilidad; en efecto, si en la base se introducen formas musteroideas, en la cima se excluirán, ya que es probablemente casi enteramente posglaciar, el capsense, que de todas las industrias africanas es la que más se parece al paleolítico superior clásico."

Esto debe ser leído así: de utilizar el criterio únicamente cronológico,

“...si en la base de esta manera quedarían incluidas formas musteroideas, en la parte superior se excluiría de él al capsiense, aunque de todas las industrias africanas sea la que más se parece al paleolítico superior clásico, porque probablemente es casi enteramente postglacial.”

En la página 66, en lugar de “pudieron servir como palo cavador o tal vez como punta de venablo”, se consignó: “pudieron servir de bastones completando tal vez una punta de venablo”.

Muchas veces la traducción dice todo lo contrario que el original. En la página 44 se dice que el parántropo “sería un paso evolutivo”. Reemplácese “paso” por callejón sin salida” y se verá el resultado. En la página 36 la versión castellana dice: “se han hallado allí algunos dientes aislados y un fragmento de maxilar vinculado, sin duda, con un joven australopiteco”; en lugar de “sin duda” debe decir “no sin incertidumbre”.

No tiene sentido seguir dando ejemplos. Pero no resisto a la tentación de transcribir este otro: en la página 16 de la versión castellana figura:

“En los yacimientos donde las capas se presentan bien diferenciadas interesa utilizar la excavación horizontal, ya que permite efectivamente fotografiar o dibujar los suelos de los habitat y se distinguen más fácilmente los datos paleontográficos (hogares, silos, fondos de cabaña, etc.); pero tal procedimiento puede ser dudoso si se aplica a yacimientos de estratigrafía difícil donde se puede pasar de un nivel a otro sin darse cuenta. Se apela entonces a distribuciones horizontales de objetos ilusorios, que solo existen en la imaginación del excavador. En el caso de capas espesas formadas celularmente tal técnica es también peligrosa: entonces se aíslan suelos artificiales y se intenta sacar conclusiones de la posición relativa de objetos que pueden estar separados por decenas de años o siglos.”

Confieso que al leer estos párrafos muchas veces casi perdí el sueño pensando en esas sutilezas de excavación, no citadas por ningún otro autor. Reiteradamente sentí tentación de escribir a Bordes para que me explicara esas esotéricas técnicas. Afortunadamente, no lo hice: al obtener la versión francesa leí estos conceptos totalmente ortodoxos:

“...pero tal procedimiento puede ser muy peligroso si se aplica a yacimientos de estratigrafía difícil donde se puede pasar de un nivel a otro sin darse cuenta, caso en el que se obtendrían distribuciones horizontales que son ilusorias. En el caso de capas gruesas formadas por lentes, tal técnica es también peligrosa: se aislarían ‘suelos’ artificiales y se sentiría tentación de extraer conclusiones de la posición relativa de objetos que pueden estar separados por decenas de años o siglos.”

En la edición en castellano faltan párrafos enteros, otros están arbitrariamente cortados, y en compensación se incluyen otros, no sé si con autorización

del autor. A veces las cifras de años están cambiadas: 30 000 por 60 000, 700 000 por 170 000. Se ignoran las diferencias granulométricas, y "grava" es traducida libremente por "arena", mientras el travertino se convierte imprevisiblemente en un pasillo! (página 47) y "los limos" adquieren categoría de "especímenes" (página 205). En la página 11 el frío de los períodos glaciales no "congela" al suelo, sino lo "lava". Reiteradamente se emplea "habitat" con el sentido de "vivienda", y "gastado" puede representar tanto "rodado" como "tosco". Los "talleres del Neolítico" se alzan en la página 92 a la categoría de "escuelas de talla del Neolítico".

Al parecer, el traductor debe suponer que "Blattspitzen" es alguna localidad de Europa central, pues de otra manera no se explica la frecuencia con que ha empleado la expresión "Musteriense en Blattspitzen". Me parece muy bien que se actualice la denominación de los nuevos países de Africa, como Tanzania o Malawi; pero creo que sería necesario algún tipo de acuerdo previo entre los especialistas para llamar "hombre de Zambia" al bien conocido "hombre de Rhodesia" (página 208). Leer en la página 140 que los clactonenses "llevan las puntas hasta Francia e Inglaterra" puede justificadamente alarmar a cualquier prehistoriador, a menos que se limite la referencia a venablos de madera como el de Clacton-on-Sea; pero en realidad originariamente sólo se quiso decir que hicieron llegar sus avanzadas.

El "machacado por pisoteo" se convierte en la página 122 en "rotura por percusión", que cualquier estudiante de arqueología elemental sabe que es algo bien distinto. Las "lascas de talla de bifaces" pueden quedar convertidas, como en la página 102, en "lascas del tamaño de bifaces". El "retoque con percutor duro y blando" aparece transformado en "retoque en la piedra y en la madera" (página 66). Reiteradas veces los retoques de supresión del bulbo son descritos como "elevación del bulbo", y el retoque como "elevación". En la página 154, el "grabado" que representa dos figuras de mamut pasa a ser una "incrustación". El "achelense con lascas Levallois" se convierte en la página 125, sin que sepamos por qué, en "achelense con resonancias levalloisienses", y son múltiples los experimentos que el traductor efectuó para hallar un equivalente al término "losange" referido a algunas puntas aurifiñenses (incluso, como en la página 157, llegó a traducirlo por "loseta").

El mismo Bordes dice en la página 24 que muchas publicaciones son casi inutilizables por un insuficiente conocimiento de la tipología. No por su culpa, y sin duda muy a su pesar, esto es lo que ocurre con "El mundo del hombre cuaternario", porque a veces se tiene la impresión que el traductor hubiera confundido la terminología con un juego de azar. Casi podría admitirse que hubiese recurrido al arcaico y no usual término "mandorla" para referirse a los bifaces en general, o a algunos en particular. Pero no puede aceptarse que lo emplee a veces con referencia a "biface", otras, para "limande" y otras más para "azuela". Viceversa, el caso de las limandes es especialmente patético: a veces se las llama "mandorlas", otras, "nódulos" (!), otras, "láminas líticas (!!)", y otra más, "latijas" (si bien en este último caso, acaecido en la página 68, podemos pensar en un error tipográfico que eliminó la letra inicial de "platija"). Por su morfología y en especial por su filo destinado al parecer a uso transversal, "hachereau" debe ser traducido como "azuela", pero tan

sólo en un capítulo, el 5, debí borrar 31 veces "hachuela" y ubicar la denominación apropiada.

En la página 37 se reemplaza "tajador sobre guijarro" (el bien conocido chopping tool) por ... "hoja"! Es difícil imaginar una oposición tipológica más completa. En esa misma página, renglones, antes, el adjetivo "bifacial" (referido a artefactos sobre guijarro) se transforma en el sustantivo "protobiface", con lo que se da la engañosa idea que un chopping tool es ya un protobiface.

No veo qué motivo válido puede haber para reemplazar "raspador" por "rascador" como traducción de "grattoir". El primero de esos términos tiene larga y pacífica aceptación por parte de los arqueólogos de lengua española, y constituye correcta transposición de la palabra francesa. Además, si bien la definición que en otros trabajos da el propio Bordes elude toda connotación funcional, es muy difícil que el empleo de estas piezas haya sido el que sugiere el término "rascador" en lugar del laboreo de pieles que está documentado etnográficamente. Pero aunque admitiéramos esta sustitución, la complacencia jamás podría alcanzar a la incontable aplicación que se hace de la denominación "raspador" para el utensilio que corrientemente se llama "raedera", porque entonces se provocan al lector desprevenido inútiles confusiones. Pero la incertidumbre y el azar no se detienen aquí: en ocasiones "racloir" está traducido también como "raedera", pero en la misma categoría "raedera" el traductor incluyó además a los "cepillos" (rabots), por cierto bien diferentes, mientras la categoría "raspador" comprende asimismo a las "raquettes". En otras palabras: el traductor emplea "raedera" para aludir a utensilios que otros autores denominan, a veces, como raederas, y otras, como cepillos; con "raspador" menciona tanto a auténticos raspadores como a raederas o a raquettes; y "rascador", por lo general, designa a lo que habitualmente llamamos raspador. Pero los cepillos del achelense se convierten en "pulidoras" (!) ¡Y en la página 204, "racloir" (raedera) aparece traducido también como "rascador"!

Todas estas confusiones se suceden "ad nauseam". Bien puede afirmarse que la tipología de Bordes ha sido asesinada. Admito que ocasionalmente pueda emplearse "cuchillo con recazo" en lugar de "cuchillo con dorso", aunque no es lo corriente. Admito también que es difícil hallar un término que exprese con exactitud la idea de buril "busqué". Pero el empleo de "barrenilla" en lugar de "perforar" indica por sí solo que el traductor se ha ubicado al margen de toda literatura arqueológica corriente. Convertir las puntas pedunculadas en "puntas en cerda", término que aparece reiteradas veces, excede los límites de toda comprensión. Lo mismo ocurre con "lúnula lática", que debe ser leído "segmento de círculo", y con "alones", palabra que a veces designa a los ángulos basales prominentes de las puntas de proyectil, y otras sirve para mencionar a las leznas. Quizás algún recóndito pudor estético haya obligado a convertir los "raspadores con hocico" en "rascadores con prominencia", pero es difícil imaginar qué motivo puede haber llevado a sustituir "raspador carenado" o "raspador aquillado" por "rascador con muesca"... y esta sustitución la he comprobado en no menos de una larga veintena de ocasiones.

Quizás sea en la explicación de las ilustraciones donde se cometen las arbi-

triedades mayores. Se omiten términos y localizaciones con frecuencia sólo comparable con la de incorporación de datos que no figuran en el original. Bordes ha tomado particular empeño en evitar la denominación "hacha de mano", reemplazándola sistemáticamente por "biface", pero el traductor con empecinamiento casi parejo ha traducido "biface" por "hacha". Sorpresivamente encontramos en el pachitanense y en el sangoense "puntas" que en realidad son "picos". En la figura 32 debe decir: "venablo clactonense de madera (rota). Este fragmento de madera puntiaguda, sin duda un venablo..."; pero se asentó: "Espada clactoniense de madera (rota). Este pedazo de madera afilada, probablemente una espada para la caza..." En la figura 56 un buril arqueado es presentado como "buril fruncido". Las puntas con cara plana han tenido suerte particularmente adversa. En la figura 69 se alcanza la exquisitez de escribir "punta bifácea". Pero en la figura 58 tocamos ya los límites de la farsa: "perçoir" (perforador) aparece traducido... ¡en inglés!, como "borer"; "raclette" es presentada como "rascador-raspador", "punta ósea con bisel alargado" como "punta de hueso con base amplia", Teyjat como "Tayjat", "punta con muesca magdalenense" como "punta magdalenense", "punta con muesca" como "punta con dorso", y un prototipo de arpón del magdalenense V y un buril pico de loro son combinados para formar... un "arpón de pito de loro". Sin duda alguna, François Bordes no merecía esto. Es posible también que se comprenda ahora por qué en Buenos Aires hemos desaconsejado a los estudiantes de la especialidad el empleo de esta obra.

No creo excesivo haberme extendido tanto con este tragicómico catálogo de errores. Podría ser mucho más largo, hasta igualar casi la longitud del libro. El carácter de trabajo de divulgación impone que se ponga sobre aviso a los estudiantes, al público en general y aún —respecto de ciertas sustituciones cuya incorrección no salta a la vista en la primera lectura— a los especialistas. Pero considero también necesario sentar una protesta contra traducciones como las que padecemos. Hay muchas que son cuidadas, meritorias y valiosas. Pero hay otras muchas que merecen un público auto de fe. La de "El mundo del hombre cuaternario" es una de ellas. Otra podría ser la de "La arqueología prehistórica", de Anette Laming-Empeaire (ed. Martínez Roca S. A., Barcelona, 1968, 192 págs.), que entra ya en el campo del surrealismo. Véase si no: "urolotoro", que no es ninguna extraña bestia de planeta de ciencia ficción sino simplemente el uro; "coup de poing" traducido por "puñetazo"; nuevamente "rascadores", pero aquí aplicado a las raederas; "picos de canario" en el magdalenense; Oldoway convertido en un investigador que realizó estudios en Tanganika (¿quizás recuerdo inconsciente de Koldowey, excavador de Babilonia?); y unos extraños "nautófilos" bajo los cuales cuesta un poco reconocer a nuestros familiares natufienses.

Todo esto constituye pura y simplemente falta de respeto al lector. Es cierto que los traductores no pueden ser especialistas, y que no siempre los especialistas tienen los conocimientos o el tiempo disponible para ser traductores. Pero para solucionar ese problema existen los revisores técnicos: la editorial de la Universidad de Buenos Aires aplicó el sistema con muy buenos resultados.

Unas pocas palabras finales para la obra en sí de François Bordes. En su

versión francesa: genial. Cumple acabadamente su función como manual de iniciación para los estudiantes y como medio de información para el profano, y constituye una adecuada actualización y sistematización de conocimientos aún para el especialista. Lástima grande es que, aunque traducida a nuestro idioma, el aprovechamiento de esta publicación deba quedar todavía reservado a quienes sepan leer francés.